

¿Por qué la Palabra?

Palabra y sabiduría

¿Qué significa la "Palabra" para la espiritualidad de una persona no adscrita a ningún credo religioso? ¿Cómo afecta a su vida, a sus convicciones más profundas? Preguntas de difícil respuesta, que nos obligan a definir algunos de los términos clave empleados.

Entiendo por Palabra (con mayúscula) toda palabra verbalizada o escrita, de carácter "sabio", es decir, que refleja sabiduría, capaz de dar claves sobre la existencia humana, el sentido de la trascendencia, las relaciones entre los seres humanos y entre éstos y la naturaleza. Por tanto, para mí, tienen la consideración de Palabra, además del Evangelio, los libros de los Vedas, Gandhi, Aristóteles, Einstein, Confucio, Tagore y tantos otros. A Tagore, escritor y filósofo indio, pertenece esta breve pero profunda frase: *“Las palabras van al corazón, cuando han salido del corazón.”*

Definiremos ahora espiritualidad, confrontando el término al de religiosidad y confesionalidad, tal como hace el eminente teólogo y filósofo catalán Francesc Torralba en su libro: *“Inteligencia espiritual”*. Dice: *“La vida espiritual es búsqueda, inquietud, anhelo de sentido, camino hacia lo desconocido, autotrascendencia. En la medida que el ser humano se interroga por lo eterno, por lo infinito, prepara su religiosidad...”*

Religiosidad es la capacidad del hombre de vincularse y comunicarse de alguna forma con un Ser distinto de él. Uno vive la experiencia religiosa cuando experimenta estar sostenido, referido a algo más grande que él. Confesionalidad es la libre identificación con un credo religioso, incluyendo la pertenencia a una comunidad de fieles y la práctica de determinados rituales. Se puede, por tanto, cultivar el vínculo (religiosidad) sin esta identificación (confesionalidad). Pertenece a la esencia del hombre preguntarse acerca de ese Ser, buscar el sentido último. Sigue Torralba:

“La espiritualidad no exige, necesariamente la religación con un Ser superior, tampoco la excluye... La espiritualidad es precisamente esa búsqueda, mientras que la religiosidad es el reconocimiento de un Ser superior del que proviene todo cuanto existe.”

Así puede entenderse que creyentes, no creyentes y todo el amplio abanico existente entre ambos, tenga un sustrato común, el espiritual, que le hace apreciar, que no necesariamente aceptar, lo que le evoca la Palabra. ¿Pero qué evoca?

La Palabra da respuestas, provoca nuevas preguntas, induce a ver la realidad bajo otro prisma, e incluso a vislumbrar otra realidad. Nos lleva a ser más felices y a ser mejores: hacer que nuestro mundo y nuestras relaciones mejoren. Pero esta otra realidad no tiene por qué estar en alguna parte distante del Universo y ni siquiera impregnando todo el Universo. ¿Por qué no pensar que esta otra realidad está dentro de nosotros? ¿O que siendo así, simplemente, se confunde con el Cosmos?

Esto nos lleva a la idea de la escucha interior como fuente de sabiduría, de armonía, de conexión con Dios, que la mayoría de tradiciones religiosas remarcan; para el laico, de escucha de la consciencia.

La Palabra como referente

El hombre necesita referentes. Miro a mi alrededor y veo multitudes siguiendo a líderes, , por ejemplo, políticos. Observo seguidores de religiones y creencias capaces de hacer cosas extraordinarias para el bien del ser humano, pero también de destruir e incluso matar. También en las empresas, deshumanizadas hasta tal extremo, que podríamos decir que las tesis de Carl Max de la explotación del hombre por el hombre siguen perfectamente vigentes. La misma existencia de la publicidad y su efecto multiplicador sobre las ventas, obedecen a esta necesidad de referencias, sean o no verdaderas.

Para mí y de una forma muy sintética, la explicación a todo ello es, por una parte, el miedo y por otra, la ausencia de creatividad. Miedo a lo que no se conoce, a lo que nos depara el futuro, miedo a lo que es diferente, miedo a enfrentarse con uno mismo. También señalo la ausencia de creatividad (o de escucha interior) como causa, pues si somos capaces de crear las respuestas a nuestros interrogantes, si somos capaces de cuestionar todos aquellos planteamientos insuficientemente contrastados, entonces no seremos esclavos de la manipulación; seremos realmente libres.

Así es como la Palabra se convierte en una poderosa fuente de referencia para el ser humano. Transmite seguridad, permite entender al hombre, da respuestas a nuestras inquietudes espirituales, nos hace libres, nos hace experimentar lo esencial de nuestra

existencia. Pero no todas las palabras cumplen esta función. Diríamos que la auténtica Palabra es la que hace cambiar nuestra forma de pensar y, sobretodo, de actuar.

Espacio y tiempo de la Palabra

La Palabra no es patrimonio de una época ni de una región determinada. Tampoco lo es de una religión.

Lo expresa de forma muy precisa Xavier Melloni, antropólogo, teólogo y fenomenólogo de la religión, en su libro “Vers un temps de síntesi” del que extraigo:

“Lo que hay depositado en las religiones es tan solo el comienzo de ellas mismas. Cada tradición ha escogido determinados escritos, descartando otros y los ha consagrado en un canon que se transmite de generación en generación. Esta delimitación es sabia y necesaria, pero tiene el peligro de quedar estancada.”

En la búsqueda de referentes, de seguridades, el hombre se aferra al pasado en lugar ser aventurero, audaz, en cada momento. Así los textos sagrados tienen la tendencia a cerrarse, a clausurarse. Y sigue Melloni:

“Desde las tradiciones teístas (judaísmo, cristianismo e islam) las escrituras sagradas se consideran reveladas por el Espíritu Santo según el paradigma de la trascendencia, mientras que según el paradigma de la inmanencia, ya sea oriental o secular, se considera que proceden de la iluminación de la consciencia.”

Pero no toda Palabra ha culminado en una tradición universal perdurable. Debe haber otros condicionantes para que fragmentos de Palabra lleguen a cuajar. Podríamos pensar de forma simplista que la propia no linealidad de la Historia es la responsable. Hoy el hombre puede que tenga los mismos instintos, anhelos, capacidades físicas e incluso inteligencia que hace 10.000 años, pero hemos avanzado en conocimiento de la naturaleza, de nosotros mismos, así como en la accesibilidad a la información. Conocimiento e información se difunden cada vez más y a mayor velocidad. Y esta es una diferencia fundamental con las épocas anteriores en que se fraguaron las grandes tradiciones. Hoy hay más de todo, pero todo es más efímero.

Pero por otra parte también en épocas recientes la Palabra se ha manifestado con un vigor capaz de “enganchar”, de perdurar, reinterpretando la Palabra ancestral, o, como dice

Melloni, entusiasta defensor del diálogo interreligioso, *“apareciendo fuentes sagradas que no hubieran podido surgir en el espacio de una sola religión”*.

El mismo autor añade: “La cuestión es cómo discernir si nos encontramos delante de una palabra sagrada. Podemos decir que lo es toda palabra que nos hace capaces de abrirnos, de darnos y de silenciarnos para ir más allá de nosotros mismos hacia una profundidad siempre más grande. Cualquier texto que ayude a reverenciar la realidad, a abrirnos a la Presencia que lo funda todo y a respetar las otras existencias, es sagrado, ya que nos saca de nuestro pequeño yo y amplía nuestra comprensión de la existencia hacia una mayor transparencia y una mayor confianza hacia la vida”.

Yo lo sintetizaría diciendo que la Palabra verdadera es vital y es generadora de vida.

Mi encuentro con la Palabra

Al final, toda interacción de la Palabra con el hombre es personal, a nivel íntimo. ¿Cuál ha sido mi encuentro con la Palabra?

En la infancia encontré o, mejor dicho, me hicieron encontrar, una Palabra monolítica, que no hacía falta entender, sólo cumplir. Llegó la adolescencia y me revelé. Entraron en mí otras referencias alternativas al credo católico: parapsicología, autoayuda, espiritismo. Y digo alternativas, porque, tal como hace un péndulo, me había alejado por completo de la primera Palabra que había conocido.

Siguieron los estudios universitarios, primer empleo, creación de una empresa junto con compañeros ingenieros donde la componente espiritual estuvo poco presente. Sencillamente no había tiempo para ello.

Conocí a mi esposa, nos casamos y muchas cosas cambiaron. Empecé a descubrir de nuevo la Palabra, el Evangelio, pero con ojos nuevos. Descubrí también las diferentes interpretaciones de esta Palabra.

Paralelamente había adquirido el hábito de leer antes de acostarme y, sorprendentemente, me empezaban a interesar libros que no fueran de tecnología o de empresa: biografías, novelas, filosofía, etc. También había surgido la necesidad de identificar, alimentarme, de elementos de sabiduría para dar respuesta a las preguntas últimas, sustentar mi propia

existencia y entender por qué la Palabra tiene manifestaciones tan plurales y algunas veces, aparentemente, contradictorias.

Finalmente conocí la sabiduría de Chiara Lubich. Era una relectura del Evangelio sencilla pero totalmente nueva, alentada por una forma de vida, estimulante, y que pese a su confesionalidad, era capaz de conectar con personas de otras convicciones, implicándolas.

Palabra y armonía

Muchas veces se habla de la globalización de la economía e información así como del desarrollo técnico y científico, como agentes contrarios al desarrollo del hombre, contrarios a su crecimiento cultural y espiritual. Sin embargo, como otros muchos, soy de la opinión de que no son ellos los culpables del vacío que nos invade, sino a la prioridad que hemos asignado al desarrollo material frente al espiritual y que nos conduce a una felicidad efímera seguida de un sentimiento de vacío. Y miedo ante esta cuenta atrás que es la vida.

Hoy, más que la Palabra interesa la palabrería. Poca, nula sabiduría e incluso fomento de la ignorancia y empobrecimiento cultural. Por otra parte estamos perdiendo la armonía con la naturaleza, que sólo nos interesa en cuanto que nos proporciona algo, del mismo modo que hacemos con nuestro hermano.

La Palabra, entendida en sentido amplio, es liberadora, de las ataduras a las que estamos sometidos, tanto exteriores como interiores; provoca compromiso de uno mismo para romperlas, compromiso de uno mismo hacia los demás; es libre, no depende de intereses ocultos; no debe imponerse, sino deja de ser sabia para convertirse en idolatría.

Si queremos recobrar la armonía con el cosmos, la armonía entre cuerpo, mente y espíritu, la armonía entre los seres humanos, debemos volver a la Palabra.

Por la búsqueda de la verdad y la felicidad del ser humano, porque otros elementos no son capaces de ofrecerlo, intuyo que aunque la humanidad evolucione a un estadio superior o, por el contrario, se autodestruya, la Palabra permanecerá para siempre.

Jordi Illa

Abril 2013